



**José Enrique Rodó**

## **La novela nueva**

Para juzgar la obra, en cuanto a la realización del propósito anunciado, ha de esperarse que ella llegue a su término. Para juzgar la oportunidad del propósito, la ocasión es buena y propicia, y el tema se ofrece lleno de fecundidad y de interés.

El autor de «*Academias*» nos revela en el prólogo de su «*Primitivo*» que se propone escribir una serie de narraciones cortas a las que atribuye la condición de «tanteos o de ensayos de arte», «de un arte que no permanezca indiferente a los estremecimientos e inquietudes de la sensibilidad fin de siglo, tan refinada y compleja, y que esté pronto a escuchar los más pequeños latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado». Agrega que no es su mira proporcionar, a quien lo lea, «mero solaz, un pasatiempo agradable, el *bajo entretenimiento* calificado por Goncourt», sino que pretende «hacer sentir y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos libros de los psicólogos de colegio»; y declara, por último, que para conseguirlo, empleara, en el desenvolvimiento de su plan, el método interno, «estudiando lo que hay de general en lo individual».

Se trata, pues, según éstas y otras declaraciones, del arte de narrar que hoy prevalece en las grandes literaturas del mundo.

Aseguremos ante todo, que la iniciación del propósito, por sí misma, está destinada a parecer detestable a muy diversas especies de censores; y que a medida que él, en el desempeño de la obra, se realice, las voces de la censura se multiplicarán en torno de ella, mil consejos sapientes tratarán de hacerla volver sobre sus pasos, y los más varios pareceres convergerán esta vez para condenar el rumbo nuevo.

Parecerá insensato a los que, sólo capaces de comprender la belleza que deleita y que ríe, detestan cuanto puede llevar a que se mezcle alguna vez, en la emoción de la Belleza, un poco de la amargura del dolor, y a que ella se aventure en las profundidades de la sombra; a los aquejados del miedo de pensar, para quienes es hermoso y amable sólo el arte plácido, el arte sereno, el arte azul, que encuentran grato presenciar desde allí donde no alcancen el llanto ni la sangre las querellas del mundo, como el burgués del «Fausto» hallaba dulce hablar de heroísmos y batallas en los días festivos, en santa paz y ante la copa colmada de vino generoso, bien lejos de donde se despedazan los combatientes a quienes el tema del coloquio ameno hace morir.

Parecerá inoportuno a los «trilladores de la heredad esquilhada», a los que aún forman cortes fieles a las realezas en destierro del espíritu; a los empecinados en la intolerancia de ayer, que congregándose con la tenacidad de la enredadera que se abraza a la columna ruinosa, en derredor de la fórmula que decae, vieja y estéril -gastada «como el brocal adonde han ido a beber todos los vecinos», según la imagen hermosa de Daudet-, aun sueñan en que la jornada que señala su tienda en nuestra, ruta es la última jornada, y el horizonte que se divisa de su tienda el último horizonte.

Parecerá punible a los que defienden, como el sagrado símbolo de la nacionalidad intelectual, el aislamiento receloso y estrecho, la fiereza de la independencia literaria que sólo da de sí una originalidad obtenida al precio de la incomunicación y la ignorancia candorosa; parecerá punible a los huraños de la existencia colectiva, a quienes es necesario convencer de que la imagen ideal del pensamiento no está en la raíz que se soterra sino en la copa desplegada a los aires, y de que las fronteras del mapa no son las de la geografía del espíritu, y de que la patria intelectual no es el terruño.

Pero los que viven la vida de su época, los que quieren sentir y pensar aun a costa del dolor y no retroceden cuando la palabra que predica una conquista nueva los llama a las asperezas y las sombras, éstos comprenderán la oportunidad suprema del intento, su fecundidad virtual; y lo recibirán como se recibe el grito que, lanzado de entre la multitud impaciente y anhelosa, hace sensible la aspiración que unifica todos los deseos, el impulso que estaba en todas las voluntades.

La situación de los espíritus es hoy distinta de los tiempos en que la novela de la desnuda realidad, de la experimentación, de la negación psicológica, se presentaba como la fórmula capaz de satisfacer todas las exigencias oportunas y actuales de la vida y de significar el trasunto literario de la genialidad y el trabajo de una época.

La dirección de nuestro pensamiento, la nota tónica de nuestra armonía intelectual, el temple de nuestro corazón y nuestra alma, son hoy distintos de lo que fueron en tiempos en que sucedía el imperio de una austera razón a la aurora bulliciosa del siglo, y sólo estaba en pie, sobre el desierto donde el fracaso de la labor ideal de generaciones que habían sido guiadas por el Entusiasmo y el Ensueño parecía haber amontonado las ruinas de todas las ilusiones humanas, el árbol firme y escueto de la ciencia

experimental, a cuya sombra se alzaba, como el banco de piedra del camino, la literatura de la observación y del hecho.

Un soplo tempestuoso de renovación ha agitado en sus profundidades al espíritu; mil cosas que se creían para siempre desaparecidas, se han realizado; mil cosas que se creían conquistadas para siempre, han perdido su fuerza y su virtud; rumbos nuevos se abren a nuestras miradas allí donde las de los que nos precedieron sólo vieron la sombra, y hay un inmenso anhelo que tienta cada día el hallazgo de una nueva luz, el hallazgo de una ruta ignorada, en la realidad de la vida y en la profundidad de la conciencia.

El Arte grande, humano y eficaz en nosotros, será aquel que se cierna sobre esta inmensa agitación, sobre esta vorágine soberbia, para tender sobre ella la sombra de sus alas; el verbo poético poderoso y fecundo, será aquel que no busque fuera del alma de su tiempo los impulsos creadores, sino que se reconozca hechura de su espíritu, y le manifieste todo él, desde sus estremecimientos impetuosos hasta sus vibraciones más sutiles y más vagas.

No comprendemos ciertamente nosotros la vinculación del arte y las ideas de la manera que condujo, al didacticismo pálido y prosaico que aspira a ser una justificación de la divina Poesía ante las almas privadas de «entendimiento de hermosura» o a aquel intento científico que conspiró a encadenar el vuelo ideal de la Belleza en la teoría del romance experimental. Nosotros concebimos nuestro arte señor de sí, desinteresado y libre; pero no creemos que la más poderosa inspiración que guíe su marcha entre los hombres pueda nacer de la indiferencia o el desdén por lo que pasa en nuestras almas. - Queremos oír vibrar en la palabra del Poeta las mismas voces que inquietan nuestro sueño, y verle palpar con la propia sangre que se vierte de nuestras heridas. -No le queremos desdeñoso de nuestro pensar, superior a nuestras emociones, espectador glacial de nuestras luchas. Para nosotros, durará siempre en su naturaleza espiritual un poco del bardo, un poco del aedo. Estará siempre en su mente el espejo donde se depura y hace inmortal cada nueva imagen de la vida, el crisol donde todos los pensamientos se acendran, la luz que los viste y transfigura. Cuando las almas tienen sed, suya será la mano que se tienda para guiarlas a la fuente ignorada; cuando las almas sienten frío, él es el leñador que ha de ir por leña para encender la hoguera.

Sólo el arte indiferente y glacial pueda aspirar a ser el arte inmóvil. -Como la renovación incesante del oleaje sobre los abismos del mar, tal la inquietud de las ideas sobre la profundidad insondable del espíritu. He aquí que una ola nueva se levanta. Los vientos que la empujan difunden por todas partes el llamado de una renovación. Con ella avanzan hacia la playa oscura, como sales de sus aguas acerbadas, nuestra sensibilidad, nuestro pensamiento, nuestra vida. El arte nuevo, nacido de esas mismas aguas acerbadas, ha de ser la espuma que corone la ola.

Los que en nombre de la Verdad cierran el paso a las aspiraciones por las que creen amenazado el templo en que la veneraron, tal como ellos concibieron su culto, no pueden desconocer que el género de verdad que al arte importa es, ante todo, la sinceridad, que le hace dueño del espíritu. De la sinceridad adquiere al mismo tiempo su encanto y su poder: ella es su fuerza y su gracia. Las generaciones que han aprendido a gustar la poesía de «*Sagesse*» y la psicología de «*Le Disciple*» o de «*En route*»; las generaciones venidas después que el corcel salvaje de Tolstoi tiene todo el espíritu humano por estepa, y después que resisten a los dardos del sol meridional las brumas

visionarias de Ibsen, ¿cómo serían sinceras adoptando el mismo medio de expresión que sirvió a aquellas que formaron su concepto de la vida y el arte cuándo llegaban a su virilidad batalladora los ansiados de Beyle, los hijos espirituales de Balzac?... -La fórmula de la verdad artística no ha de ser como el ritual inmóvil en que pretenda legarse al porvenir la revelación del procedimiento definitivo e invariable. La fórmula más alta para llegar a la verdad, será más bien la que imponga a cada generación humana, convirtiendo en precepto la imagen poderosa de Taine a propósito del poeta de «*Las noches*», «arrancar despiadadamente de sus entrañas, tal cual es, la idea que ellas concibieron, y mostrarla a los ojos de todos, ensangrentada, pero viva».

Tal como hay en el espacio, para cada vasta zona, una genialidad de la Naturaleza, hay en el tiempo, para cada nueva modalidad del espíritu, una Poesía, una Hermosura. Ninguna idea, ninguna aspiración, ningún sentimiento, que hayan marcado el ritmo de una hora a la marcha de las generaciones humanas, deben morir en la profundidad de la conciencia que un día estremecieron como la piedra lanzada a la superficie de las aguas serenas, sin que el arte divino los llame a su regazo y recoja de ellos la confianza que luego recibirá de sus labios el soplo de otra vida y durará como el relieve de la cera que se convierte en el relieve del bronce.

¿Necesitamos, los que hoy pedimos una nueva cuerda, de ignorada virtud, para que vibren aquellas cosas de nuestra alma que en las usadas liras no la encuentran, negar a los que nos han precedido? ¿Necesitamos, los que tenemos la sed de una nueva fuente espiritual para nuestro corazón y nuestro pensamiento, desandar el camino andado, volver la espalda a aquellas fuentes que brotaron ayer de los senos de la Realidad? - Antes bien, la obra de los que nos han precedido es una indispensable condición de la que presenciamos; y la Realidad -la que responde a una concepción amplia y armónica, la que comprende lo mismo el vasto cuadro de la vida exterior que la infinita complejidad del mundo interno,- una Musa inmortal de la que ya nadie podrá apartar impunemente los ojos. -Comienza la cuestión del arte contemporáneo -ha dicho un crítico- cuando una vez sancionada como su condición general la Realidad -diríjese el alma humana al artista y al pensador y le pregunta: ¿Qué género de realidad vas a escoger? ¿Qué aspecto de la vida tomas como base de inspiración y de trabajo? -Viene, pues, el espíritu nuevo a fecundar, a ensanchar, no a destruir. -Por lo demás, la sucesión de las escuelas no se comprendería si no las vinculase una corrección orgánica y fecunda, si sólo representasen destrucciones recíprocas que condujeran de negación en negación. -El Genio del Arte, que levantaba su copa en el festín del Renacimiento, es el mismo que aplaudía en 1830 en el estreno de «*Hernani*» el mismo que aplaudía cuando «*L'Assommoir*» desataba la tempestad sobre la frente de París, y que hoy aplaude cuando los elegidos de generaciones nuevas tientan los rumbos nuevos. -Para quien las considera con espíritu capaz de penetrar, bajo la corteza de los escolasticismos, en lo durable y profundo de su acción, las sucesivas transformaciones literarias no se desmienten: se esclarecen, se amplían; no se destruyen ni anulan: se completan. No son como el rastro leve y efímero que el viento borra para que se grabe en la arena la huella de otra planta. Son sobrepuestos tramos de donde ve dilatarse rítmicamente el horizonte quien lo sube. Son círculos concéntricos, cada uno de los cuales amplía el espacio del círculo anterior, sin fijarse en plano distinto. -Quedó del clasicismo para siempre el sentido de la medida plástica e ideal, el amor de la perfección, la noción imperatoria del orden. De la protesta romántica quedó, también para siempre, su dogma de la relatividad de los modelos, su adquisición de libertad racional. Y de la escuela de la naturaleza quedarán la audacia generosa y la sinceridad brava y ruda, el respeto de la realidad, el

sentimiento intenso de la vida; pero no quedarán, ni las intolerancias, ni las limitaciones.

Como en la obra de aquellas que le precedieron, se discernirá en la fe que hoy agita, vaga e in formulable, nuestras almas, la escoria deleznable y el mármol y el pórvido que duran. -Ella no viene a señalar el solo camino de salvación. -Saben bien sus Pontífices que el Arte no es más que un huésped transitorio bajo el techo nuevo que alzaron. Ellos saben bien que su única morada digna entre los hombres sería la ciudad en que Schiller soñó verles rendir a la Verdad y la Belleza un solo culto; la «ciudad ideal a la que debía llegarse por la armonía de todos los entusiasmos, por la reconciliación de todas las inteligencias. -Y así, no ha de considerarse cada nueva revelación como barrera impenetrable que fije a las miradas un límite último y preciso, sino más bien como un cielo nebuloso tras del que se columbren vagas e inciertas lontananzas. No ha de decir el innovador literario: «Esta es la verdad», sino tan sólo: «La oportunidad es ésta». No se enorgullecerá de haber amarrado a su palabra el porvenir; porque el porvenir es el secreto del plan ignorado de nosotros. Y cuando la escuela que ha creado sienta crujir bajo sus pies las hojas amarillas de la duda, ella ha de resignarse a que la que aparece tiñendo de luz llueva el horizonte, le diga como Hamlet a Horacio: «Hay muchas cosas en el cielo y la tierra que tú no sospechaste jamás».

Para el autor de «*Primitivo*», la novela de nuestra habla, ajena a los esfuerzos que en todas partes se encaminan a afinar y a multiplicar, en la más amplia obra de arte contemporánea, las sensaciones de fondo y de la forma, aun permanece fiel al *exteriorismo* genial de su abuelo, que inspira en ella «cuadros de género de exacta observación, magníficos paisajes, escenas ingeniosas, mucha luz y mucha travesura, un procedimiento grande y simple que ha producido obras verdaderamente hermosas», - pero que la mantiene privada de abismarse en las nuevas profundidades del sentir y el pensar. Es verdad: ni la penetración sutil, ni la idealidad, ni el sentimiento, son calidades de casta en la novela que hunde sus raíces en aquella gran tradición plebeya del siglo XVI, a cuyo jugo anejo se mezcló, en opinión de un crítico sagaz, por los modernos noveladores, el vino nuevo de Zola y de los suyos, para formar con ambos «un licor más agradable que fuerte». La novela española empezó a ser obra de pensamiento original y de sentido profundo, con la psicología de «*Pepita Jiménez*» y la filosofía social de «*Doña Perfecta*» y de «*Gloria*», después de haberse contentado con respirar el perfume de los naranjos en los patios andaluces de Fernán, con ceñir la cota de Martín Gil y Men Rodríguez, y sazonar, merced a Alarcón, con el donaire de la buena tradición castellana, la urbanidad de la narración parisiense. -Y fructificada ya la rama española del realismo, es necesario reconocer que las tendencias nuevas, las aspiraciones por las que se anuncia, en otras partes, la proximidad, y en cierto modo, el hallazgo, de una nueva vida real, no han hecho destacarse hasta hoy celajes muy vivos ni muy amplios sobre el fondo gris del horizonte que ellas podrían colorear con las irisaciones raras del crepúsculo.

Emilia Pardo Bazán, que tiene la vocación y el sentido intenso de la «prosa» como atributo de su hermoso talento, bendice las barreras que han apartado ciertas nuevas corrientes del mundo espiritual, del ambiente de la novela de España, porque «la orca, merced a ello, una brisa de alegría», y porque «la realza cierto equilibrio mental muy sano y dulce». Hay travesías del pensamiento durante las cuales el equilibrio puede llamarse inmovilidad y la alegría puede llamarse candor. -Don Juan Valera, que tiende la mirada por la amplitud de su inmenso horizonte intelectual con la serenidad de un

huésped del Olinipo y que, como el Eumorfo de su «*Asclepigenia*», entra con la impresión del mundano que vuelve de una fiesta aristocrática a las regiones del pensar, predica frente a nuestra ansiedad y nuestras dudas, el arte que, como un camino de montaña lleve constantemente a la placidez y la luz de *trascendentales desenlaces* dichosos. -Pero es justo agregar que no es lo único, en el presente aspecto intelectual del solar de nuestra lengua y nuestra raza, el desconocimiento o el desdén de las aspiraciones nuevas del espíritu. Yo creo que después de «*La Incógnita*», después de «*Realidad*», el arte del más abundoso y más genial de los novelistas españoles no puede ser calificado de insensible a nuestra aspiración de llevar al mundo de las cosas, imaginadas el reflejo de nuestros nuevos anhelos e inquietudes, de dilatar el espectáculo de lo real con la visión del hombre interno, y penetrar bien hondo -allá en las profundidades de la Meditación y del Dolor- en el antro de la tiniebla psicológica. ¿No es acaso *Ángel Guerra* una de las más intensas y más hondas entre nuestras modernas epopeyas de las luchas del alma, que conciertan para lo por venir la grande y misteriosa Epopeya de la edad nuestra, donde el llanto acerbo del Dolor y la Duda correrá como los raudales de la sangre en los combates de la «*Ilíada*»? -En la imagen, triste y hermosa, del converso, cuando al volver de pavorosa alucinación, bajo el misterio de la noche, en el fondo del barranco sombrío, donde ha luchado con las larvas de la tentación y del mal, llama una y otra vez al niño que le acompañó hasta el borde de la misma, ¿no ve el autor de «*Beba*» uno de los *símbolos vivos* más hondos, más hermosos, con que ha encarnado en las entrañas de la literatura el nostálgico sentimiento de generaciones que llevan, a un tiempo, en el corazón la infinita sed de un ideal y el pensamiento el estigma implacable de la Duda? ¿No ve en las páginas del libro, temblando sobre los seculares muros empapados en la humedad espiritual de la fe vieja, un destello de la religiosidad anhelante de Tolstoi?... En Armando Palacio, la aspiración que infiltrándose delicadamente, como vena de aguas mansas y profundas, llenaba ya de rumores de espiritualidad, para los oídos sutiles, el ambiente de algunos de sus estudios primeros de la realidad, es hoy la tendencia segura y confesada que inspiró las páginas originalmente hermosas de «*La Fe*» y que reclamó elocuentemente su puesto fuera del exteriorismo trivial y de la verosimilitud de estrechos horizontes con el prólogo a «*La hermana San Sulpicio*». En el imaginador de «*Su único hijo*» y «*La Regenta*», no es la crítica sola quien ahora mueve impulsos de renovación, reflejos de nueva luz, sobre la vida literaria. -La inculpación de estacionamiento candoroso y estéril sería más justa si se la dirigiese, no a la narración, sino a la lírica. Después que sobre el pedestal que labra la decadencia de la escuela que confinó la Poesía a los dominios de un glorioso recuerdo, álzase en todas partes el Ritmo para mostrar cómo el tiempo no extinguirá jamás la virtud de su fuente rejuvenecedora, y después que el estremecimiento de vorágine del numen finisecular ha traído a la superficie un mundo nuevo, todo un mundo de sensaciones, de imágenes, de afectos, que tiene la grandeza ignota y rara de aquel que cela el mar en la profundidad de sus abismos, -la lírica española aún vive de la luz que encendió el alma de generaciones cuyos poetas irradian ya desde el ocaso, y sólo debe a aquellas que podrían regenerarla por la expresión de una nueva vida espiritual, vagas y dispersas notas de las que *Fígaro* diría que son algunas chispas más en una hoguera que concluye.

En la novela es donde es necesario buscar todo lo que el alma de España sabe de la vida nueva del espíritu. En la novela es donde puede comprobarse que, por ella también, ha pasado cierto soplo de viento que semeja alzado, desde la sombra, por un batir de alas...

\*\*\*

¿Cuál es el interés que en relación a las particularidades del arte literario de América ofrece esta gran cuestión de la novela contemporánea, inquieta en la elección de sus rumbos? -Ofrece, en primer término, el interés humano, universal, que en parte es de nosotros. Ofrece, luego, el interés y la oportunidad de guiarnos a la consideración de una deficiencia que merece estudiarse en la relación de nuestra actividad literaria y nuestra vida psíquica. -La juventud que se levanta en nuestros pueblos ha dado un cierto aire infantil, un cierto aire de trivialidad pintoresca, que suele hacer pensar en las graciosas puerilidades, del Japón de «*Madama Crisantemo*», a la ciudad de su arte. - Nuestra reacción antinaturalista es hoy muy cierta; pero es muy candorosa. Nuestro modernismo apenas ha pasado de la superficialidad. -Tenemos, sí, coloraciones raras, ritmos exóticos, manifestaciones de un vivo afán por la novedad de lo aparente, osadas aventuras en el mundo de la armonía y el mundo de la imagen, refinamientos curiosos y sibaríticos de la sensación... Pero el sentimiento apenas ha demostrado conocer las fuentes nuevas de la emoción espiritual, y el pensamiento, duerme en la sombra, o sigue los rumbos conocidos, o representa sólo la manifestación de algunas individualidades aisladas, el vano concitar en que se pierde la voz de espíritus sin séquito.

Y, entre tanto, ni nuestra sensibilidad ni nuestro espíritu son ignorantes de los estremecimientos que comunican su impulso, su fuerza de impaciente y audaz renovación, a la inquietud contemporánea, y dan su tono a las voces de una literatura que legítimamente podemos reclamar -como nuestra. -Amamos, sí, la aspiración de originalidad que busca imprimir un sello peculiar y profundo a aquellas formas que lo admiten de nuestro Arte, y que se manifiesta en las novelas de América por las tentativas, ya de evocar la gloria de nuestras tradiciones, ya de poner en juego los elementos dramáticos de nuestra sociabilidad, o de colorearse, en los tintes de la naturaleza propia, o de reflejar las formas originales de la vida en los campos donde aun lucha la persistencia del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora. -Nunca nos hallará indiferentes la narración que sea dueña del cincel con que se esculpen los tipos briosos y sencillos del pago, sus escenas llenas de vigor y de vida, sobre la roca de que están hechas sus entrañas buenas y robustas... Comprenderemos siempre el encanto de la embalsamada poesía que dan de sí la *tradición* que detiene en la soledad los ecos moribundos de las leyendas, la égloga americana que aprisiona las voces de la naturaleza regional, el blando toque del pincel costumbrista. -Pero al lado del tributario fiel de la región, al lado del hijo fiel de nuestra América, que se reconoce vinculado de lo íntimo de su ser, a los particularismos de determinada parcialidad humana, que lleva entre las cosas propias de su espíritu el reflejo de cierta latitud de la tierra, -está en nosotros el ciudadano de la Cultura universal, ante el que se desvanecen las clasificaciones que no obedezcan a profundas disimilitudes morales, como ante un espectador de las alturas; el discípulo de Renán o de Spencer, el espectador de Ibsen, el lector de Huysmans y Bourget. Como el esclavo de Terencio, podemos reivindicar para nuestro ambiente espiritual «todo lo que es del hombre»; y en nuestra naturaleza, curiosa de todos los estremecimientos, vibra con más intensidad el eco de los gritos lejanos que vienen de las altas cumbres del espíritu, que el clamor desvanecido y confuso con que llega a nosotros -imágenes vivas del tipo humano que se esculpe y retoca cada día en los viejos talleres de la civilización- el cántico de originalidad salvaje de *la tierra*.

Todo propósito de autonomía literaria que no empiece por reconocer la necesidad de la vinculación fundamental de nuestro espíritu con el de los pueblos a quienes pertenece el derecho de la iniciativa y de la dirección, por la fuerza y la originalidad del

pensamiento, será, además de inútil, estrecho y engañoso. -Mirando al lado del Naciente, es como hemos de ver alzarse por mucho tiempo todavía la más intensa luz que irradiará sobre nuestra organización moral, sobre nuestra vida inteligente, tal así como si el espíritu de la raza reconociese, brillando en la profundidad del horizonte, el fuego lejano de su hogar. -«Vanos son, cuando el viajero tiene alas, los abismos anchos y profundos». Mal aislador es el agua del Océano para la corriente que hace vibrar, con el impulso lanzado a toda hora desde los centros en donde se condensa y suena la hirviente espuma de la vida, la inmensa, red nerviosa que el genio de una misma civilización extiende del uno al otro extremo, del planeta, como por una universal confederación de las almas.

La literatura en que hoy llega a nosotros la misiva de aquel hogar paterno es casi siempre amarga, es casi siempre oscura... La ingenua y dulce «alegría de la vida» tiene poco que ver con los sentimientos que la engendran, con las inspiraciones que la inflaman. Los que se esfuerzan por alejarla de nosotros encuentran en esa misma condición de su inquietud febril, desordenada y sombría, la gran causal de su sentencia destierro. -Llenos de buena voluntad quieren que todos nos creamos en marcha hacia «algo bueno y hermoso», como la heroína de «*L'Argent*». -Y se oponen al paso del dolor, al paso de la sombra, guardas celosos de la juventud de esta América a quien todavía suele representarse con los atributos del candor primitivo, virgen que duerme sobre la arena de la playa... Yo convendré fácilmente en que la «juventud de los pueblos» es algo más que una expresión vacía de sentido íntimo, de la brevedad de su existencia material, y que trascendiendo a todas las cosas del espíritu, debe mostrarse también en el carácter de una literatura. Creo en los pueblos jóvenes. Pero, si la juventud del espíritu significase sólo la despreocupación riente del pensar, el abandono para el que todos los clamores de la vida son arrullo, la embriaguez de lo efímero, la ignorancia de las visiones que estremecen y el desdén de la Esfinge que interroga, sería bien triste el privilegio de la juventud, y yo no cambiaría, por la eternidad de sus confianzas, un solo instante de la lucha viril en que los brazos fuertes desgarran jirones de la sombra y en que el púgil del pensamiento se bate cuerpo a cuerpo con la Duda.

Me parecen análogas, por la identidad de los peligros, cierta idea de la acepción intelectual de la *juventud*, y la idea, vulgar también, de la *salud* literaria propagándose y haciéndose plebeya desde la boga del autor de «*Degeneración*», ha servido para escudar muchas lamentables limitaciones del sentimiento, de la tolerancia y del gusto. Hay espíritus vanos para quienes está enferma toda literatura que no ría, o que no duerma, o que no sea discreta y cauta como podría serlo la Musa de Bouvard, o que no aspire sólo a aquel fin de alegre e inofensiva diversión que se cumple sin dejar surcos ni sombras en el alma y la hace grato arrullo de las cabezas soñolientas que conciben el arte como el sueño tranquilo de sus noches y al artista como el juglar que las liberte del tormento odioso de pensar. Sí; lo mismo la juventud que la salud, en cuanto atributos del espíritu, si se las considera con el criterio estrecho de las burguesías literarias, son armas excelentes en manos de los amigos del *limitez vous* de que habló Hugo, y tienden a substituir a la energía, a la verdad, a la sutil penetración del sentimiento y de la idea, la trivialidad, la frivolidad, el aire lánguido, -los *pálidos colores* que en opinión de Mme. de Sévigné deja en las almas la ausencia de las lecturas que obligan al austero sentir y a la reflexión profunda.

Los que por insensibilidad a todas aquellas vibraciones del alma que no puedan clasificarse dentro de un orden de sentimientos muy generales y precisos; por



aislamiento en relación a la nueva vida intelectual; acaso por alarde de gusto puro, clásico y severo, predicando, frente a nuestra complejidad cerebral, la sencillez; frente a la voz de nuestras íntimas contradicciones, la espontaneidad del canto aprendido, como la música del gaitero ingenuo de Daudet, del viento y de los pájaros, deben pensar en que la afectación es cosa fácil de hallarse, en ciertos tiempos, por los propios caminos que se eligen para evitar sus malas tentaciones. La sencillez del sentimiento del espíritu es afectación cuando la realidad no da de sí la sencillez. Hijas nuestras almas de un extraño crepúsculo, nuestra sinceridad revelará en nosotros, más que cosas sencillas, cosas raras. -Nada sería tan engañoso como identificar la sinceridad con el candor. -Generaciones complejas por la composición de una idealidad indefinible, por la intensidad de la vida intelectual, darán de sí *naturalmente* un arte complejo. La ingenuidad de la Rapsodia y del Romance en labios de los que gustan el zumo de una civilización que lleva destilado cien veces el filtro de la vida, sería tan falsa como el eco de la sensibilidad perversa de un Verlaine en una sociedad de almas cándidas y heroicas.

Y por eso, junto al David Teniers de las exterioridades pintorescas y apacibles; junto al novelador de la región, lleno de genio de los suyos, atento al habla de la Musa plebeya en quien repercuten las palpitations de la fibra salvaje, a quien la Naturaleza virgen conceda la confianza de su ingenuidad -debemos admitir al experto peregrino de nuestro mundo interior, al novelista de la *universalidad humana* que brinde, en la copa exquisita de sus cuentos, el extracto sutil de sus torturas intelectuales, de sus contemplaciones íntimas, de sus estremecimientos profundos, para los curiosos de la inteligencia y los «curiosos de la vida» que quieren ver brillar sobre la frente del Arte la luz que los guíe hacia lo hondo en los misterios de la Idea y en el antro oscuro de la Pasión; el rocío que flota como exhalación de playas nuevas, en el ambiente de los que se lanzan, argonautas del perdido Ideal, a los mares del espíritu, -para las almas inquietas, anhelantes, para los visionarios del porvenir, que reflejan los mirajes dorados de sus sueños; las raras exquisiteces de su expresión, para los refinados de la forma que piden a la magia omnipotente del verbo la entera imitación de todos los estremecimientos de la vida, el placer condensado de todas las sensaciones de arte; la quintaesencia de sus nostalgias indefinibles y sus penas agudas, para los paladares finos en lo amargo, para los que Anatole France llama los *gourmets* del dolor.

Que en el conjunto enorme de la actividad donde ha de ir a buscar, el intérprete de esta poética vida que anhelamos, inspiración y ejemplo que lo guíen, mézclense también elementos, no ya indignos de nuestro arte peculiar, sino de todo arte noble y duradero, no lo dudamos nosotros ni habrá claro y recto juicio que lo dude. Discernámoslos, y hagamos nuestro lo que exprese una realidad de nuestro mundo íntimo, de nuestros sufrimientos, de nuestra fe, de nuestro amor... Si dentro de la organización, aun indeterminada e informe, de pueblos que, como el que un tiempo inspiró a la pluma de *Figaro* las consideraciones del juicio de *Antony*, ofrecen, desde el punto de vista de la unidad del alma colectiva, más que la imagen de una sociedad compacta y una, la del revuelto campo de batalla donde chocan los elementos opuestos que han de constituir sociedad, hay cierto número de espíritus que viven la más compleja vida de la sensibilidad y el pensamiento, triunfe en buena hora la aspiración que para ellos pide una literatura que se modele a su semejanza. -Y sea bienvenido en su nombre el esfuerzo de los que se adelantan para hacer colaborar al alma de América en esta inmensa labor renovadora, merced a la que nuestro ocaso secular presenta, con la agitación aparentemente anárquica y sombría que es el signo de las grandes transiciones humanas, el espectáculo de una cultura en cuyo seno hierven a un tiempo todas las ideas

y todas las pasiones, -en cuyo ambiente se entrecrocaban todas las resonancias del Deseo, del Entusiasmo y del Dolor, -concurso extraño de aspiraciones sin armonía, de dudas sin respuesta, de contradicciones sin solución, de voces de esperanza y de angustia, que si condensasen en un solo grito inmenso y formidable, harían decir acaso al alma moderna de Gautier: «¡Tengo más sed que el desierto!»

△

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

